



El Diablo, La Diablada, "El Tio" y otras consideraciones

Por : Alberto Guerra Gutiérrez
Oruro - Bolivia

Diablo, en lengua castellana significa demonio. Nombre genérico de los ángeles del mal arrojados al infierno. Ángel rebelde de cola y cuernos.

Para Papini, "el diablo, es un ser aparte que no es bestia, ni hombre ni mucho menos Dios, es un ángel caído, defigurado y maldito" —Se sirve de las bestias, esclaviza a los hombres y se atreve a medirse con el mismo Dios—

Este es el diablo. Personaje que aparece en nuestro panorama cultural a partir de la conquista española y la imposición del cristianismo en América con sus interesadas interpretaciones sobre el bien y el mal.

De otro lado, en el mundo andino, identificamos a Supaya en el ámbito aymara, y a Supaya en el quechua como deidad protectora del hombre y sus bienes y, completando el panorama, está también Huari, el solitario dios de los Urus y protector de las silvestres vicuñas en una realidad politeísta de desempeño pacífico y armónico

Acontecimientos como el descubrimiento u ocupación de América y su consiguiente conquista, frenaron el curso del desarrollo cultural de las nativas naciones andinas, obligadas a un clandestino y lento desempeño para mantener latentes los rasgos funda-

mentales de sus propias culturas, en una especie de resistencia contra el tiempo y las circunstancias.

Los conquistadores, no sólo que sometieron a las poblaciones nativas por la fuerza de las armas sino que, sutilmente emplearon la religión cristiana como método de sujuzamiento, esgrimiendo el miedo al castigo de Dios y así, aparecen en escena el diablo y el infierno como perturbadores de las corrientes del bien, esquema desde luego, totalmente desconocido y ajeno a las concepciones religiosas del mundo andino obligado sin embargo, a someterse a sus designios aún a costa de dejar de lado sus propios sentimientos. Tres siglos fueron suficientes para crear la confusión y entronizar definitivamente al diablo en el pensamiento y sentimiento populares.

Este fenómeno de aculturación dió como resultado un nuevo tipo de sentimientos, una nueva sociedad, una nueva religión, una nueva cultura —la mestiza—. La nueva religión sin embargo, no es precisamente la cristiana trasplantada de Europa en América sino, esa especie de religión combinada en la que dioses, protagonistas del bien y del mal de una de las religiones en juego, aparecen como personajes centrales o secundarios en la otra, compartiendo nombres y atributos, dándose el caso singular de una religión ecléc-

tica que hoy se manifiesta en el sentimiento popular nacional.

Cabe a esta altura, como aclaración importante, decir con Salomón Reinach, " .. en el lenguaje ordinario se confunden, frecuentemente, la religión y la mitología ... Esta confusión tiene su razón y su excusa, porque hay religión en la base de toda mitología. La mitología es una serie de historias inventadas -no imaginadas pero sí combinadas y adornadas a capricho- cuyos personajes escapan al dominio de toda historia positiva. La religión es, en primer lugar, un sentimiento, y la expresión de ese sentimiento por medio de actos de una naturaleza particular que son los ritos".

Ahora bien, la reflexión nos permite precisar el empleo del término religión y no el de mitología, al tratar el tema en relación a la jerarquía del pensamiento y sentimiento de nuestras preciadas culturas y, manifestar enfáticamente que tanto urus como kollas aymaras y quéchuas, sentaron su religión en un politeísmo totemista de donde arranca toda una estructura de pensamiento y acción que admite una escala deífica, cuyos dioses premian o castigan los efectos del comportamiento humano sin precisar los conceptos de bien o de mal como atributos de Dios y del diablo respectivamente, como ocurre en las religiones monoteístas que en el caso americano se halla tipificada por la corriente cultural de occidente introducida por los conquistadores españoles y que por el normal proceso de aculturación, es en la actualidad un otro factor de confusión.

En el marco simbiótico del esquema anterior, corresponde referirnos a la Danza de los Diablos y su presencia en el Carnaval de Oruro (Bolivia). Los conquistadores, una vez puesta en vigencia la presencia del diablo con todas sus características de maldad, fealdad, generadoras de vicios y maleficios y sustituyendo con él las aras de Supaya, Supay y Huari en las que milenariamente los nativos ofrecían ritos en su honor, se dieron a la tarea de imprimir sus modelos europeos en las manifestaciones de la danza y atuendo referidos al diablo; de este modo, este personaje se convierte en una manifestación ligada fuertemente a costumbres y usos de los mineros.

Posteriormente, a partir de 1789 al popularizarse el culto a la Virgen del Socavón, se organiza seriamente la Danza de los Diablos, incrementándose luego con el llamado "relato", concebido por el cura Montealegre en base a pasajes bíblicos relativos a la rebelión de los ángeles y su consecuente expulsión a poblar el infierno, como demonios; mostrando en forma de teatro callejero, el triunfo de Dios sobre los espíritus malignos, en sostenida lucha del bien contra el mal.

El escritor José Víctor Zaconeta, autor del texto de la leyenda del Chiru-Chiru, detalla las circunstancias de la decisión de los mineros de celebrar la festividad de la Virgen de la Candelaria, bailando precisamente de diablos, del siguiente modo:

"Descubierta la imagen de la Virgen y sepultado el cadáver de Chiru-Chiru (el romántico ladrón y benefactor de los pobres que fuera muerto la noche del sábado de carnaval, y dueño de la citada imagen) con todos los honores y recogimiento; al tercer día reuniéronse todos los vecinos del barrio minero, al que perteneció aquél y llegaron a los siguientes acuerdos, por unanimidad:

1. Que la mina de plata "Pie de Gallo", que se trabajaba ya entonces, se denominaría, en lo sucesivo: "Socavón de la Virgen", nombre con el que es conocido actualmente.
2. Que todos los años se celebraría con gran pompa la fiesta de la Virgen, debiendo, precisamente, coincidir ella con la fecha en que cayese el sábado de carnaval, víspera de la Quincuagésima, tanto porque pocos días antes ocurrió el suceso, cuanto porque sólo entonces tenían los mineros una libertad de tres días de trabajo, como asueto, los indispensables para celebrar la fiesta tal como ellos la deseaban.
3. Que para honrar debidamente a su excelsa "Patrona" todos los mineros se disfrazarían precisamente de diablos, tanto para dar a la



fiesta el debido realce, cuanto para conservar ciertas tradiciones de la minería.

4. Que estos acuerdos se pondrían en conocimiento de todos los mineros de las Empresas de la jurisdicción; debiendo con la anticipación debida, componerse canciones y villancicos especiales para cantar en loor de la Virgen'

La Diablada, como se denomina ahora a esta manifestación del folklore orureño siguió una trayectoria de esplendor y decaimientos hasta que en la actualidad viene retomando su primitiva euforia; ganando tal vez en magestuosidad y colorido pero, conservando su estructura inicial en cuanto a personajes, música, coreografía y estilo que le son propios.

El atuendo del diablo es deslumbrante, sobre una especie de buzo ceñido al cuerpo, se destacan la "pechera" y el "pollerín" en la cintura, hábilmente bordados con "hilos de oro y de plata" y artísticos toques de pedrerías de brillo y colores; botas y guantes luciendo relieves de sapos, serpientes y dragones elegantemente aplicados, tres pañolones artísticamente bordados, a la espalda, hacen del diablo del Carnaval de Oruro, una brillante como exótica figura carnavalesca. Luzbel y Satanás usan lujosas capas de terciopelo bordado y pedrería.

La máscara en el conjunto del disfraz es el elemento que mejor caracteriza no sólo a la generalidad diablesca sino, a la jerarquía interna y a otros personajes como "el ángel", "la chinasupay", "el cóndor" y "los osos". En los primeros tiempos de esta danza, la máscara guardaba rasgos verazmente humanos, claro que con facciones desproporcionadas para lograr la ferocidad que representa el diablo; pero con el tiempo y la capacidad creativa de los artesanos, se ha convertido en una pieza de real belleza artística, llevando la clásica fealdad a extremos insospechados, cuernos retorcidos, enormes ojos desorbitados, nariz estallada, labios y dientes exageradamente pronunciados y todo en un armónico arreglo de figura viviente.

Luzbel y Satanás llevan corona y sus gestos denotan la autoridad de que están investidos. La diabla o Chinasupay lleva máscara más sencilla, cuernos pequeños, ojos con grandes pestañas y expresión coqueta de sonrisa tentadora. La careta del arcángel San Miguel es de facciones suaves que despiertan la simpatía general. En el acto del "Relato" de los diablos, hay uno que lleva máscara amarilla diferenciándose de las demás que generalmente son rojas o de otros colores vivos, y el hecho obedece a que magnifica el relato de la envidia como pecado capital:

"... He causado más daño que ningún otro diablo. Soy el más miserable de la existencia y por eso tengo la cara amarilla de envidia ... sobre mí pesa la maldición eterna que no es tan ho-

rrible como mi propio veneno que me trago en medio de sufrimientos atroces ... Tú Angel Miguel, déjame ir, se que mi presencia te repugna ... déjame recogerme al antro donde yo mismo me devoro en una envidia sorda ..."

Hemos visto que dos son las motivaciones primordiales para la vigencia del Carnaval de Oruro: La Virgen del Socavón y el diablo. Pero cuál es el motivo de la presencia del diablo en esta circunstancia, o qué significa aquello de "... conservar ciertas tradiciones de la minería" según la resolución de los mineros?

Muy de paso nos referimos a Huari, el solitario dios de los urus y protector de las vicuñas en la altiplanicie andina. Huari, luego de sostener encarnizada lucha contra los agentes del cristianismo utilizando como método y como arma de penetración, por los conquistadores, al verse vencido, herida su dignidad, resignado instala su habitat en las entrañas de la tierra y mantiene su soberanía en las tinieblas de la eterna noche de las minas.

En un principio, la presencia de Huari en los socavones mineros despertó temor y desconfianza pero, los mineros no tardaron en identificarlo por sus actos, como al milenar dios de los urus, sus antepasados y, en una actitud de sumisa veneración lo incorporaron con honda fe en su círculo familiar, llamándole "tío". De esta manera el minero aseguró la complacencia del dios, tocándole las fibras más íntimas de su ancestral orgullo, logrando en cambio, la recompensa de Huari, materializada en la entrega permanente de riquezas del subsuelo, de las que él es absoluto dueño y señor.

Este es Huari, el incomprendido dios de los urus, su poder sobrepasa el reino de la noche y se manifiesta en ese algo de misterio, temor y respeto que sienten los hombres cuando se les habla de la mina, cuando se piensa en "El Tío".

Así, vencido el primer impacto de la desconfianza por la presencia de Huari en la mina; el trabajador del subsuelo se dió a la tarea de modelar su figura de acuerdo a su propia imaginación -desde luego alienada por el influjo de las corrientes contradictorias producto de la aculturación-, lo hizo con cuernos y facciones monstruosas, contradiciendo sus innatas características de bondad y belleza que se retratan en la delicada estampa de la vicuña.

Es importante remarcar aquí, que las primeras comparsas de diablos, tenían como a figura principal a "Huaricato" y no precisamente a Luzbel o a Satanás. Huaricato es el personaje que en alguna de las muchas depresiones que sufrió la diablada en su trayectoria, desapareció para ser reemplazado con intensionalidad conquistadora, por Luzbel y Satanás.